

LAS AGONÍAS

Por Andrés Sabella

Joaquín Cifuentes Sepúlveda O LA SOLEDAD.

Ráfaga de duelo, corazón en ruinas, Joaquín Cifuentes Sepúlveda vivía para dar a las colinas del canto una cruz y un lamento. Era la soledad encarnada, el girón de una tarde sin orillas. Los libros suyos parecen los testamentos de un ángel atrozmente solo y carcomido: "Letanías del Dolor", "Esta es mi Sangre" "Noches", "La Torre". diferentes todos a la alegría, acaso la única, de la mujer tomada y exaltada de "El Adolescente Sensual", (1930). donde una finísima noche de ópalos es el tálamo y la Poesía:

"Dormida, te contemplo, crepúsculo sonriente".

Vivía Cifuentes Sepúlveda como una roca traspasada de pájaros; era una página abandonada en las márgenes del cielo; sus poemas acusan un desamparo mordiente "Oración para el Amor no se me Vaya", "Queja del Hombre Solitario", y hasta en poemas gozosos esta angustia de sombra y de silencio:

"Marchate silenciosa sin preguntarme nada". (Novia)

La soledad fué la rosa deshecha del corazón de este poeta. Cuando el azar, lejos de la patria, volcó la dulzura de una mujer en sus manos, como un cofre lleno del oro del otoño, Cifuentes Sepúlveda vislumbró "La Casa de la Plenitud", "El Goce Mag-

no". Cifuentes Sepúlveda fué mediodía de "varón exaltado" y amó en la mujer querida, el otro pedazo de su destino, el que cerraba esa herida de fría cámara que era su llaga. Por eso es que frente al delirio de sus manos y sus pechos, sólo atinó a cantar, como una tempestad destacada, y a defender esa porción de sol que iluminaba sus sienas; así, su ruego nos desgarró todavía:

"Dame, Señor, que nunca este amor se me [aparte
no tengo más, mis manos están siempre va-
[cías".

Pero el amor le fué fiel, y la mujer que le vistió para la eternidad defendió su canción más allá de la muerte: "El Adolescente Sensual" se publicó bajo su celo y sus afanes; Augusto Santelices supo, en su hora reconocerlo: "Demos nuestra gratitud a la mujer de tierra extranjera que tan valerosa y dulcemente ha guardado su herencia de recuerdos y ha amarrado para siempre a nosotros la presencia de Joaquín". El último vaso de amor retendría la imagen de sus sueños. En un antiguo poema, el poeta había temblado por el hijo que nacería quién sabe cuándo y en qué vientre: "El Adolescente Sensual" había de ser el hijo gallardamente ergido; y el vientre, una comprensiva mansión de luz y vida: "El Adolescente

te Sensual" es la suma feliz de una jornada de lapidarias piedras de poesía, de esperas sedientas, de fe en trance de naufragio:

"Te digo "amada", porque en la palabra
["amada"
me deleito y descanso".

La amada recogió su última sonrisa y su legado de cantos; de este modo, la imagen de Cifuentes Sepúlveda no se empañaría en el tiempo, y macho y hembra revivirían en la unidad del verbo:

"Mi amor es más que nunca una estrella
[en la frente".

"El Adolescente Sensual", prolongado por Jorge González Bastías, es el himnario del júbilo del hombre ante la mujer hecha flor de su destino:

"Ventre rosado, suave combataura de fru-
[ta,

donde mi vida posa la frente con confian-
[za,

vertiente clara, fresco vigor de uvas madu-
[ras

para la llama vasta que me muerde en la
[entraña".

La experiencia se agudiza y es cuchilla serena en este libro. El que poseía una permanente disposición a la desgracia, aquí se transfigura, y el poema arde y es palpitación del mundo. Libro, es "El Adolescente Sensual", suelto, nervioso, cayendo, página a página, como lluvia de amor inteligente, sin mieles baratas, sin miedo al ruiñeñor que se quema en los labios del amante:

"¿Recuerdas que cuándo éramos novios
[no te besaba?

Ah! Pero cuántas cosas te decía en mis
[cartas!"

Versión de lo cotidiano, signo de beso y tarjentas de invierno.

"Nadie me había dicho que tú tenías la ca-
[bellera

del color de mi oscuro pasado".

.....

"Te quería como a una historia dejana y
[dulce".

.....

El que había ofrecido su sangre y conocía la hegemonía de la noche, el que era hueso de dolor y encontraba en las torres su cultura, no gustaría de la compañía estrellada de la mujer, por largo instante: era la soledad la que exigía su tributo. Nuevamente Cifuentes Sepúlveda debería partir en busca de su razón. Y murió, que es como embarcarse con los ojos partidos. Murió con el sabor de la ternura al comienzo de su alma. La cárcel, la miseria, las calles entristecidas, ya no enloquecerían su lengua. Esta vez, era él quien dejaba alguien, tan parecido a un espejo trizado... Primera y postrera ocasión en que la costumbre variaba, pero permaneciendo igual la esencia: la soledad como ala y bandera. Bandera obscurísima.

Pablo Neruda lloró en "Ausencia de Joaquín" el poeta, y antes clamó por su libertad, definiéndole como a nadie:

"Joaquín Cifuentes Sepúlveda... su sólo nombre es un verso".

Hombre armonioso, tuvo el don de cambiar de lugar a las estrellas y reemplazarlas por rubíes calientes; hombre con vocación de fuego, su poesía creció lo mismo que una garra de azufre contra las cosas.

Era, entre nosotros, el esposo de la soledad y nadie podía disputárselo; él mismo, en el poema final de "El Adolescente Sensual" ("Queja del hombre solitario"), lo presiente, y entonces, el mundo empieza a parecer una enorme cítara salpicada de rayos; el camino natural de su fortuna:

"¡A quién pidiera, para libertarme, dos
[alas

y un navío ligero para arrancar del mun-
[do!"

.....

A. S.